

CAPÍTULO X

Últimos meses de Jovellanos

El viaje fue horrible. El bergantín estuvo a punto de naufragar y finalmente arribó al puerto de Muros el día 6 de marzo. Nada más llegar a puerto se enteraron de que Asturias estaba ocupada por los franceses. «Un rayo del cielo – cuenta Jovellanos a lord Holland– no hubiera herido más fuertemente mi corazón. [...] Todo, pues, pereció para mí; ya no tengo ni bienes, ni libros, ni hogar, y ni siquiera tengo patria...». Don Gaspar ya no es ni una sombra de lo que había sido: calumnias, injurias, pobreza, los males de la patria, los naufragios, la incomprensión, todo se alía contra él. Y además se siente impotente, viejo y desbordado por las circunstancias.

Acaso porque, como dice el mismo Jovellanos, «la moda de perseguir y insultar a los centrales había sucedido a la de calumniarlos, y cundiendo por todas partes, había montado ya el cabo de Finisterre y prendido en la Junta de Galicia», el 25 de marzo apareció el coronel Juan Felipe Osorio acompañado de un escribano real. Iba a pedirles los pasaportes y a recogerlos. Pero ellos se negaron a entregárselos y entonces Osorio no se atrevió a insistir y se retiró. Jovellanos se quejó al capitán general, dio cuenta de todo al obispo de Orense y lo representó a la Suprema Regencia. Los instigadores del ataque, comprobando la firme actitud de Jovellanos, no se atrevieron a continuar la lucha.

Después de tantos problemas y disgustos y conociendo ya la realidad de lo ocurrido en Cádiz, Jovellanos decide salir en defensa propia y en defensa de la Junta Suprema Gubernativa del reino. Se pone a redactar entonces la obra que titula *D. Gaspar de Jovellanos a sus compatriotas. Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central, y se da razón de la conduc-*

ta y opiniones del autor desde que recobró su libertad, y que normalmente se conoce con el título de Memoria en defensa de la Junta Central, obra con un alto valor biográfico y en la que queda de relieve el dolor, la angustia, la desilusión y la amargura que le invaden. Después de una serie de dificultades, sobre todo económicas, la Memoria aparece publicada en setiembre de 1811. Muere Jovellanos antes de ver los apéndices y las notas en letras de molde.

Enterado de que los franceses han abandonado Gijón, Jovellanos emprende el viaje por tierra hacia Asturias el 17 de julio. Pero la alegría de estar de nuevo en su casa no puede ocultar el dolor por la situación en la que encuentra la ciudad y sus cosas. El nuevo edificio del Instituto, al que se habían trasladado las enseñanzas en 1807, había sido ocupado por los franceses, que lo usaron como cuartel e incluso como cuadra. Al ver el estado en que se encuentra su amado Instituto, Jovellanos redacta una circular que reparte por todo el Principado, en la que solicita la ayuda de todos.

Pero los franceses invadieron de nuevo Asturias. Jovellanos se ve obligado a huir de Gijón, y embarca en el bergantín Volante en compañía de Pedro de Valdés Llanos. Más de setenta personas –según cuenta Ceán– embarcan con ellos. El 6 de noviembre salen del puerto y el 14, después de un incidente con un barco inglés y una furiosa tempestad, arriban a Puerto de Vega, un pequeño puerto entre Luarca y Navia. Antonio Trelles Osorio los aloja en su casa. El 25 de noviembre fallece Pedro Valdés Llanos. Pero Jovellanos no llega a enterarse, puesto que también él ha enfermado gravemente de pulmonía. El médico de Navia reconoce al ilustre enfermo, y diagnostica una flegmasia aguda de pulmón de maligna apariencia. El enfermo se

agrava por momentos. El día 27 recibe los auxilios espirituales y veinticuatro horas después fallece. En su delirio final repetía: «Mi sobrino... Junta Central... La Francia... Nación sin cabeza... ¡Desdichado de mí!»

En setiembre de 1815 su cadáver fue trasladado desde Puerto de Vega a Gijón, siendo enterrado en el cementerio que él mismo había promovido. Doce renteros con hachas encendidas y cuatro más que llevaban la caja con los restos de don Gaspar, pasaron por la puerta del Real Instituto hasta la iglesia de San Pedro, donde se depositó el féretro. El día 28 se depositó la caja en la tumba preparada a la salida desde la iglesia al cementerio, a la parte de la izquierda, donde había pedido Jovellanos.

Desde el 3 de febrero de 1978 los restos de Jovellanos reposan en la capilla de Los Remedios, al lado de su casa. La lápida, copia de la que existía en la iglesia de San Pedro, dice así:

D. D. M.

Aquí yace el Exmo. Señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, magistrado, ministro, padre de la patria, no menos respetable por sus virtudes, que admirable por sus talentos; urbano, recto, íntegro, celoso promovedor de la cultura y de todo adelantamiento en su país: literato, orador, poeta, jurisconsulto, filósofo, economista; distinguido en todos los géneros, en muchos eminente: honra principal de España mientras vivió, y eterna gloria de su provincia y de su familia, que consagra a su esclarecida memoria este humilde monumento. R.I.P.A.

Nació en Gijón en 1744.

Murió en el Puerto de Vega en 1811.